

CARACTERES DE LA ETNOLOGÍA VASCONGADA

Las investigaciones científicas no han arribado aún á determinar de una manera precisa la cuna ancestral de los primeros pobladores de las faldas pirenaicas de ambas vertientes que poco á poco fueron extendiéndose por la alta y baja Navarra y las regiones de Alava y Guipúzcoa hasta alcanzar las playas cantábricas.

Dicen los unos que provenían de los celtas, los otros que eran oriundos de la Fenicia, hay también quien los hacen derivar de la Tartaria, pero sea cual fuere el verdadero origen de los actuales vascongados, el hecho cierto es que descienden de una raza selecta y fuerte, como lo atestiguan la blancura de la tez, la corrección de los perfiles fisonómicos, la sólida estructura del cuerpo, la finura de los pulsos y jarretes, la gracia y soltura de los andares, las altiveces del carácter, la hombría de bien en ellos proverbial, la nobleza de sus juegos favoritos, el señorío de sus danzas, la sobriedad de sus costumbres, su valor legendario en la guerra y su pertinaz laboriosidad en la paz.

Buena y brava gente!

En todas las manifestaciones de la actividad física é intelectual del hombre los vascongados han tenido siempre una distinguida representación: en las ciencias, en las artes, en las industrias, en el comercio, en las letras y en las armas, en la tierra y en los mares, demostrando un poder de expansión extraordinario, siendo de los primeros en ir á poblar y enriquecer con su trabajo las comarcas desconocidas, robusteciendo con ese afán andariego la creencia de que su remoto abolengo sea realmente fenicio, de cuya alcurnia heredaron esa tendencia á la

conquista pacífica y ese poder de adaptación al nuevo ambiente en que plantaron su tienda colonizadora, aclimatándose en los rigores y templanzas de cada zona, amoldándose á las costumbres del país á que emigran, allanándose á vestir otros trajes que los que llevaban en su tierra, sometiéndose á cambiar de faena, bajando de los riscos y asperezas de sus montañas nativas para explayarse en las amplias llanuras de la Pampa, sin que las nuevas costumbres, ni el nuevo ropaje, ni el nuevo clima, ni los nuevos trajines que solicitan sus actividades tengan influencia bastante para hacer que el vascongado olvide su boina, los dengues y contoneos de sus zortzicos, el eco plañidero de sus pifanos y dulzainas, y sobre todo y más que todo, que pierda la fé en su Dios y la veneración al árbol que bajo su fronda añosa custodia las libertades y los fueros de su patria.

En estas Repúblicas del Plata han sido los vascongados factores importantísimos de población y de riqueza desde los albores de su vida colonial, siendo ellos quienes echaron los primeros cimientos de las dos grandes ciudades que en una y otra banda del vastísimo estuario se levantan, dando testimonio del acierto con que D. Juan de Garay y don Bruno Mauricio de Zabala previeron el porvenir que el destino les tenía reservado.

Otras ciudades se fundaron en las márgenes del anchuroso río, pero ninguna de ellas prosperó al nivel de las de Buenos Aires y Montevideo, situada la una en el remanso en que vienen á descansar de las fatigas de su larga y turbulenta carrera las aguas del Paraná y del Uruguay, y la otra en el seno de la pintoresca bahía encerrado entre los raigones petrificados del Cerro y la restinga con que se empotra en la arena la Punta de San José y en que se mezclan las olas empujadas por la virazón del sudeste con las que hincha el pampero de occidente, amortiguando lo acerbo de las aguas del Océano el dulzor de las del río impregnadas de la aroma de las flores que los árboles costeros deshojan en su linfa y del sabor de las gramillas y camalotes que besan á su paso.

Siguiendo las huellas de aquellos dos nobles caballeros, empezaron los vascongados á emigrar al Río de la Plata, esparciéndose por los campos incultos de ambas orillas, en los que pronto tomaron querencia, dedicándose á las tareas del pastoreo, hasta que ya enriquecida la comarca de ganados, se aplicaron á la primitiva industria de la salazón de carnes y cueros, siendo ellos los primeros y nunca superados peones de nuestros saladeros cuyas rudas faenas soportaban sin fatiga, con todo

el vigor propio de hombres de sanas costumbres y contraídos al trabajo, huraños á los ocios de la taberna y á los vicios de las gentes de la mala vida, gastando rumbosamente su dinero bien ganado en nutrir el organismo para robustecer las fuerzas y en vestir aseada y decentemente sin imponer al cuerpo las estrecheces y miserias que sugiere la tacaña ambición de acumular dinero á trueque de mezquindades y privaciones.

Poco á poco fueron los vascongados haciéndose dueños de la tierra en que apacentaban sus rebaños y extendiendo la zona de la vida civilizada llegando hasta los confines de los dominios de la barbarie, con ese tesón característico de su raza, poblando el desierto, agrupando caseríos que hay son ciudades florecientes, llevando donde quiera que iban el buen ejemplo de sus morigeradas costumbres y de su amor al trabajo constituyendo familias honestas y laboriosas á las que legaron nombres que en nuestros días figuran en el pináculo de la posición social y que han tenido y tienen descollante actuación en el escenario de la vida pública, en el ejército, en la magistratura, en el parlamento, en el foro, en la diplomacia nombres que han alcanzado las cumbres de la fortuna escalándolas por los peldaños de la inteligente actividad y de la honradez intachable.

Nuestras instituciones, virtual y prácticamente democráticas, no permiten privilegios de fueros ni divisiones de castas, pero en los des-niveles inevitables en toda agrupación humana en la que por sus propios méritos emergen como rasgos salientes el talento, las virtudes, el valor, la fortuna, constituyendo alcurnias de elevada distinción, pueden muchos de los descendientes de vascongados ostentar blasones tan honoríficos como los que la realeza otorgaba á los caudillos de sus mesnadas feudales y á los ricoshomes é hidalgos, blasones bien conquistados en la honesta y proficua fatiga del trabajo, creando y acumulando riquezas que no fueron debidas ni á la dádiva del poderoso ni á las humillaciones de la cortesanía, sino al propio esfuerzo y á la infatigable constancia recompensadas generosamente por la feracidad de la tierra y por la próspera munificencia del cielo que derrama sus lluvias fertilizadoras é irradia su calor fecundante para premiar los afanes del hombre laborioso con los beneficios de la cosecha abundosa.

Otras emigraciones vinieron más tarde que han contribuído poderosamente al maravilloso desarrollo de estos países del Plata, pero no debemos olvidar nunca que entre los primeros que llegaron á estas comarcas, apenas surgidas del caos de lo ignoto merced á la audacia de los

navegantes españoles, fueron los vascongados y que ellos han sido nuestros primeros pastores, nuestros primeros labriegos, nuestros primeros industriales, los fundadores de nuestras principales ciudades, y ellos los troncos de muchas de nuestras más esclarecidas familias creadores de toda una estirpe de hombres que se han distinguido en las múltiples manifestaciones de nuestra vida agraria, comercial y política.

En este poderoso y complejo organismo de las sociedades río-platen-ses una de las principales determinantes de su actividad es la sangre vascongada que por sus arterias corre, sangre limpia y pura de una raza fuerte, sana, emprendedora, honrada y hermosa.

Buenos Aires—1906.

DANIEL MUÑOZ.

